

F. 1232

E 6

v. 1



FONDO HISTORICO
RICARDO GOVARRUBIAS

157119



LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE EN
DOLORES.

I.

Dolores es un pueblo perteneciente al Estado de Guanajuato, situado en uno de esos fértiles valles de la cordillera, con algunas casas aseadas y de buena arquitectura; pero tiene un tinte de melancolía indefinible. Un pueblo donde tuvo su origen la libertad, un pueblo donde tantos años vivió oscuro el grande hombre de nuestra Independencia, sin un monumento que lo adorne, sin una población que lo engrandezca, sin un porvenir que lo aliente, de un aspecto triste y desconsolador, que casi mueve á compasión.

Allá en el silencio de una huerta, debajo de la sombra de una higuera, en la orilla de un tranquilo y transparente arroyo, se presentaron á mi imaginación, confusos, aglomerados é indescribibles, los recuerdos de los primeros tiempos de la libertad mexicana. En este lugar solitario meditó sus planes grandiosos un Cura aislado, pobre y oscuro: bajo las bóvedas de la modesta iglesia resonaron los débiles ecos de los buenos mexicanos, que rogaban al Señor hiciese triunfar la causa de la libertad: en la pequeña plaza, en las estrechas calles, se atrevieron los ciudadanos á proclamar sus derechos: en Dolores, en fin, despertó el pueblo de un sopor de trescientos años, y

se desbordó por la República como un río de lava, llevando por delante el terror que hacía temblar á sus opresores, en el centro el hierro y el fuego que los aniquilaba, y en pos de sí el olvido y el generoso perdón que había de sancionarse cuando el tiempo borrara la sangre derramada en los campos de batalla.

Cuando se contemplan detenidamente estas transformaciones súbitas y momentáneas que experimentan los pueblos; cuando se ve patentemente que á pesar de las insuperables barreras que oponen la maldad y espíritu altanero de algunos hombres, se realizan irremisiblemente las ardientes aspiraciones de los pueblos por la libertad, se vé uno tentado á creer que la causa de la libertad es la causa de Dios. Y no puede esto menos de ser cierto: esos campos de rosas, esas sementeras de granos, esos ríos someros y apacibles que fertilizan la tierra, esas montañas en cuyo centro se crían en el silencio y las tinieblas los más preciosos metales; en fin, esa armonía prodigiosa del universo, está criada para regalo de todos los hombres indistintamente, y no para que sirva de patrimonio á unos pocos. Hé aquí lo que los pueblos conocen, cuando rompiendo sus cadenas remontan hasta los cielos su vuelo de águila para caer después sobre los tiranos y reconquistar los derechos que el Autor del universo les concedió al echarlos al mundo.

La imaginación me transportó á esos tiempos sangrientos á la vez que gloriosos, y me puso delante de los ojos una inmensa tela ensangrentada, donde sin embargo descubría algunas páginas brillantes y puras, que el genio mexicano debería conservar eternamente en su trágica historia.

II.

Era la noche del 15 de Septiembre de 1810. Los habitantes del pueblo de Dolores descansaban tranquilos y descuidados en brazos del sueño. Nada parecía turbar la monotonía no interrumpida durante doscientos y pico de años. Se observaba, sin

embargo, una que otra ventana ó puerta iluminada; pero poco á poco fueron extinguiéndose las luces, los perros se echaron á reposar, y todo quedó obscuro y silencioso, excepto el pequeño postigo de una casa situada en una calle próxima á la iglesia, donde se percibía la tenue claridad de una bujía.

El cuarto ó alcoba de donde salía la luz, era de un tamaño regular, y adornado de una manera, que en los tiempos de que vamos hablando, no dejaba de ser extraña. En una mesa tosca, de madera, con carpeta de paño azul, había esparcidos algunos libros que por la pasta y cantos dorados no podía dudarse que eran pertenecientes á un eclesiástico, y junto de ellos algunos otros con forros de pergamino raído: sobre otra mesa se veían algunos planos y cartas geográficas, confundidas y revueltas entre varios crisoles de barro, un telescopio pequeño, y algunos compases y escuadras: en la pared se veían colgados también algunos mapas, alternando con grandes pantallas de cristal; y por último, junto de un estante de libros estaba colgada una estola y unos relicarios de cera de "agnus," y en un costado de la mesa estaba colocado un Santo Cristo y una Imagen de la Virgen de los Dolores. Lo demás del cuarto no presentaba cosa digna de llamar la atención, á no ser multitud de canastos llenos de tierra, algunos pequeños hornillos, y una colmenera de palo. A pesar de los signos evidentes de que el que allí moraba era no sólo un buen cristiano sino un Ministro del culto, cualquiera habría dicho que tal habitación era propia para un astrólogo ó alquimista del siglo XV.

En la habitación que hemos procurado describir, se hallaba envuelto en una turca negra un anciano, un si es no es inclinado hacia adelante, de frente espaciosa, nariz afilada y ojos vivos y chispeantes. Unas veces se paseaba con grande agitación de uno á otro extremo de la pieza; otras se sentaba delante de la mesa, y con la mano en la frente quedaba sumergido en honda cavilación: de repente tomaba la pluma y trazaba en un papel rápidamente algunas lí-

neas y vocablos. Se conocía que tenía un gran pesar, ó que lo ocupaba algún proyecto inmenso.

De esta agitación lo sacó el rumor lejano del galope de un caballo. Púsose en pie, y aproximándose lentamente al postigo, se puso á escuchar con atención. A poco, el rumor se hizo más perceptible, y finalmente, un jinete embozado se apeó en la puerta de la casa. Nuestro personaje tomó la bujía y abrió el zaguán al embozado, el cual sin más ceremonia, introdujo al patio su caballo y cerró tras sí la puerta.

—Estamos perdidos, señor Cura, exclamó el recién llegado.

El Cura iba á soltar la bujía, á causa de la sorpresa; pero recobrándose, le contestó con calma:

—A lo que veo, estamos todavía libres y con vida; y siendo así, falta mucho para que nos consideremos perdidos; mas explíquese usted.

Entretanto, los dos personajes entraron á la alcoba: el Cura tomó asiento en su poltrona y el embozado en otra silla, frente de él.

—Diga usted ahora cuanto guste, continuó el Cura con voz tranquila, que estoy dispuesto á escucharlo.

—Pues señor, la conspiración ha sido descubierta esta misma mañana, en Querétaro.

—¡Descubierta!.... ¿y cómo?

—Hace días que en una taberna hubo una riña, de la cual resultó un asesinato. La policía acudió y se apoderó de los agresores. Uno de ellos, temiendo ser sentenciado á muerte, ofreció descubrir secretos de importancia con tal de que se le perdonase. Se le garantizó la vida y todo lo ha descubierto. En consecuencia, el señor Corregidor Domínguez, aunque amigo de usted y de la patria, toma, en cumplimiento de su deber, medidas enérgicas, y mañana á estas horas, el señor Allende, usted y otros varios, caerán en poder de García Rebollo.

—Nada de esto me asombra, amigo mío, porque entre los valientes hay también cobardes, y entre los hombres leales hay trai-

dores miserables; pero, ¿cómo na podido usted saber todo esto?

—La cosa es muy sencilla. La esposa del señor Domínguez, que como usted sabe, es una señora entusiasta por la libertad, y generosa, y.... vamos, llena de virtudes, me llamó para decirme que importaba que yo mismo pusiera en conocimiento de usted todas las noticias, ó de lo contrario, la patria se perdía, y usted, señor Cura, sería fusilado....

—Amigo mío, cuando hay corazones tan nobles, es menester confiar en que triunfará la buena causa: continúe usted.

—Yo, que conocí todo lo que importaba que usted supiera las cosas, prometí á la señora, á fe de hombre, que sería cumplido su encargo. No tenía caballo, no tenía armas, no tenía dinero, y así es que me salí como un loco á vagar por las calles, pensando cómo vencer tanta dificultad. Estaba á punto de llorar como un muchacho, cuando observé que un indio se apeó en la puerta de una barbería, con el fin de rasurarse y cortarse el pelo. Dios quiso que el barbero cerrara su puerta; entonces, con mucho cuidado, tomé el cabestro, me monté en el caballo y eché á correr, y no he parado hasta aquí. ¡Pobre animal! Veinticuatro leguas ha caminado sin tomar resuello. Con que ya que sabe usted todo, es menester que huya usted, que se oculte, que....

—¡Bobada! contestó el Cura, dejando asomar á sus labios una sardónica sonrisa.

—¿Cómo?... ¿qué piensa usted hacer entonces?

—Aprovechar el generoso aviso de usted, y obrar con energía.

—¡Señor....! Está usted loco.

—Estoy más cuerdo de lo que á usted le parece.

El Cura se puso á escribir, y continuó:

—Es necesario que ahora mismo se marche usted para Querétaro, pues usted tiene familia á quien hacerle falta, y podría comprometerse. De paso ponga usted con reserva esta carta en manos de Don Ignacio Allende, que se halla en San Miguel. Le daré á usted otro caballo, y.... Vamos, ami-

—go mío, no hay tiempo para pensar mucho ahora. Reciba usted este abrazo en prueba de mi gratitud, y.... Dios lo guíe por buen camino....

—Adiós, señor Cura, dijo el jinete, besándole la mano, que el eclesiástico le tendió.

—Adiós, amigo. En la caballeriza hay varios caballos; escoja usted el tordillo, que es fuerte, y no olvide mi encargo.

El personaje salió: el Cura se dejó caer en su sillón, é inclinó su venerable cabeza cana sobre el pecho.

A poco se escucharon las pisadas del caballo, y el jinete, que hacía un cuarto de hora que había llegado, partió de nuevo á galope.

III.

—Este muchacho, pensó el Cura saliendo de su estupor, es activo: como llegue á tiempo la carta á manos del Capitán, todo saldrá bien. Ahora veamos los elementos con que cuento para fundar la libertad mexicana.

Al decir esto abrió una gaveta del estante, y comenzó á contar unas monedas: cinco, diez, veinte, treinta.

—Vaya,—se dijo—no llega á doscientos pesos lo que tengo, pero no hay cuidado, Dios nos protegerá.

En seguida sacó un par de botellas de licor y algunos vasos, todo lo cual colocó en la mesa y volvió á sentarse.

Sonaron en el reloj de la iglesia, tres cuartos para las doce, se escuchó el ladrido lejano de los perros, y á poco volvió á reinar un profundo silencio.

—¡Oh! exclamó el Cura dando una fuerte palmada en la mesa, cómo vuela el tiempo, sin que haya medio de detenerlo; pero.... un tropel de gente á caballo se acerca.... ¡Cuánto sentiré perder la vida ó morir entre los hierros de un calabozo sin haber hecho nada por la libertad de México!.... Sin duda vienen á prenderme.... veamos.

La cabalgadura se detuvo en la puerta de la casa del Cura, y éste tomó la luz, y acom-

pañado del criado abrió la puerta. Un jinete se apeó y abrazó al Cura.

—Señor Cura, ¿usted en vela á estas horas?

—Señor Capitán, ¿usted corriendo por esos cerros tan tarde?

—¡Qué quiere usted!, los enemigos no se descuidan, y es menester andar listos, y esto es que aún no comenzamos.

—Entremos, señor Capitán, entretanto el criado coloca á los caballos en la cuadra, y les da un pienso de maíz.

—Lo necesitan á fe mía, porque han galopado mucho.

Los dos personajes entraron, y el criado se dirigió á la caballeriza con las cabalgaduras.

—Sabe usted que nos han descubierto, dijo el Capitán, arrellenándose en una silla, y desviando de su ancha frente su pelo rubio.

—Lo sé, señor Don Ignacio, contestó el Cura, con calma, tomando asiento en su poltrona y envolviéndose en su turca.

—Así, pues, continuó el Capitán, todo se ha frustrado. Quince días más, y damos un golpe maestro.

—Aún es tiempo, contestó el Cura resueltamente.

—¿Quién sabe? respondió el Capitán, con tono de duda. A estas horas, Querétaro y Guanajuato están en la mayor alarma, y se toman providencias muy enérgicas y severas. Vea usted cómo no duermen....

Al decir esto arrojó un papel sobre la mesa.

—¿Conque nos querían prender? repuso el Cura, con cachaza.

—Cabal; pero felizmente intercepté este oficio, y antes de que se tomaran el trabajo de buscarnos habitación, ensillé mi caballo y ya me tiene usted aquí.

—¿Y el amigo Abasolo?

—Le he avisado lo ocurrido, y no dilatará en venir.

—Bien, muy bien, amigo mío, contestó el Cura. ¿Y el Regimiento de dragones de la Reina, en qué estado se halla?

—A nuestras órdenes, replicó el Capitán.

—¿Y los amigos de Puebla y Valladolid?

—En corriente; pero para el 10. de Octubre.

—Pues entonces no hay que pensar; el tiempo es corto, y la actividad y la energía nos salvarán.

—Permitame usted, señor Cura, que le diga que no veo ningunos elementos para hacer una revolución; y si no cuenta usted con otros materiales, los que existen en esta habitación son propios para fabricar platos, y criar abejas y gusanos de seda; mas no para sublevar á ocho millones de habitantes llenos de preocupaciones, y acostumbrados á la ciega obediencia al Rey.

—¿Y esas objeciones, Capitán, tienen algo que huela á temor?

—¿Vive Dios!, exclamó el Capitán, que nunca me acuerdo haber tenido temor, más que á Dios, señor Cura. Supongo que ésta es una chanza.... De lo contrario....

—De lo contrario, ¿qué hacía usted, Capitán?

—¿Qué hacía?... abandonar la amistad de usted, correr yo sólo al peligro, y morir luchando como un hombre.

—Capitán, usted es el hombre digno de ser compañero del anciano Cura de Dolores.... Era una chanza efectivamente, mas no han dejado de llamarme la atención las prudentes reflexiones de usted. Yo soy valiente por entusiasmo y por convencimiento de que debo dedicar los últimos años de mi vida en alguna cosa útil; pero usted es intrépido por carácter, por temperamento, y porque circula en sus venas la sangre ardiente de la juventud y no debe haber ningún género de reflexión, tanto más, cuanto que de una manera ó de otra, el cadalso amaga nuestro cuello.

—Tiene usted razón, señor Cura, y casi me avergienzo de haber hecho semejantes reflexiones: sin embargo, como no veo aquí ni armas, ni parque, ni gente, ni....

—El pueblo duerme, Capitán; pero cuando lo despertemos una vez con las mágicas palabras de religión y libertad, no volverá á reposar hasta que no haya lanzado del otro lado del mar á sus opresores. A mi vez confieso que tiene usted razón de preguntarme cuáles son los elementos con que

cuento: muy bien, se los enseñaré á usted. Diciendo esto sacó las pocas monedas que había en la gaveta, y señaló al Capitán las botellas y vasos que estaban sobre la mesa.

Los dos personajes se quedaron un momento mirándose uno al otro, y después prorrumpieron en una carcajada de risa.

—Somos unos locos, señor Cura.

—Somos unos valientes, señor Capitán.

—Así, señor Cura....

—Así, señor Capitán, es menester no olvidar cuanto hemos platicado, debajo de los pomposos árboles de Guadiana (*), que hacen que se realicen esos sueños dulcísimos de gloria, que han sido durante mucho tiempo el delirio de ambos. Sin embargo, Capitán, esos sueños terminarán, ¿sabe usted cómo?

—¿Cómo?

—En un patíbulo, al que subiremos juntos.

—Como también juntos hemos de participar de la gloria, y de los triunfos que se nos esperan, señor Cura.

—Bien dicho, Capitán. Aún conozco que puedo empuñar una lanza y un fusil, que puedo estrechar entre mis rodillas un fogoso caballo; que puedo como el rayo de Dios, hacer temblar á los ejércitos de los españoles.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano con indecible alegría; su cuerpo aparecía derecho y galano, y en su frente se leía esa íntima seguridad que tienen los valientes en sus empresas.

El joven Capitán, lleno también de alegría, exclamó:

—Señor Cura, en este momento no me cambio por el más poderoso de los Reyes de la tierra. ¡Vive Cristo! Los deseos que hemos tanto explayado en nuestras conversaciones, debajo de aquellos frondosos árboles de mi patria, van á realizarse, y acaso después de las penalidades y fatigas de una sangrienta guerra veremos á México libre y poderoso. Esta esperanza, señor Cura, es la felicidad de mi vida.

(*) Hermoso paseo de San Miguel el Grande.

—¡Valiente y virtuoso joven! murmuró el Cura, á media voz, y luego alzándole le dijo:—Deseo saber cómo se descubrió la conspiración, pues el que me dió el aviso pocos momentos antes de que usted llegara, me aseguró que fué á consecuencia de unos asesinatos....

—Con efecto, unos dicen eso, y otros que el Dr. Iturriaga, que á la hora de ésta habra pasado á la otra vida, lo declaró todo en sus últimos momentos. (*)

—¡Cobarde!, replicó el Cura, como si el procurar la libertad del pueblo fuera un pecado....

—¿Qué quiere usted?... la conciencia. En cuanto á mí, juzgo que Dios me favorecerá.

—Esta es mi creencia también; pero veo que estamos perdiendo el tiempo: las doce de la noche van á dar, y aún no hemos pensado en los medios de salir de este atolladero.

—Eso mismo pienso yo; mas nada digo á usted, porque....

El Cura quedó un momento sumergido en una profunda meditación, y luego dijo:

—En verdad que la empresa es más difícil de lo que parece. Es tan tarde.... pero, ¡miserable de mí! he dicho que es mejor obrar que pensar. De todas maneras hemos de perder la cabeza. ¿Está usted conforme?

—Lo he dicho.

—Venga esa mano. La libertad ó la muerte, "Sr. D. Ignacio Allende."

El Capitán estrechó la mano al Cura contestándole:—la libertad ó la muerte, "Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla."

(*) El Dr. Mora, en su obra "México y sus revoluciones," asienta que el Dr. Iturriaga fué quien estando gravemente enfermo descubrió la conspiración; pero yo lo he oído contar en Querétaro á varias personas bien informadas en los sucesos de esa época, de la manera que al principio lo refiero yo. El señor Bustamante en su Cuadro Histórico dice: que un eclesiástico, cuyo nombre no menciona, fué el que hizo la delación. El lector escogerá lo que más le agrade.

—¡Hola! gritó el Cura Hidalgo con voz de trueno.

Un criado humilde con su calzón de cuero, su sombrero tendido de petate, y su jerga de lana, se presentó, y cruzando los brazos, dijo:—¿qué manda su merced, señor Cura?

—Ve con mucho silencio, y llama uno por uno á todos los serenos que encuentres: si te preguntaren para qué, les dirás que su Cura necesita de ellos mucho.

El criado salió.

A poco llegó un sereno, luego otro, y luego otro: por fin, se reunieron doce individuos.

—Amigos, ha llegado la ocasión en que deseo probar, si el afecto y respeto que profesáis al pobre viejo Cura de Dolores, es verdadero ó no. Voy á exigirlos un gran favor; si no me lo concedéis, paciencia.... entonces tendré que abandonar este pueblo, y quizá para siempre.

Los serenos pusieron sus faroles en el suelo, y el Cura tomó una botella, llenó los vasos de licor, y con voz muy suave y dulce les dijo:

—Hijos míos, es una noche ésta, que por mi fe ha de ser de eterna memoria en México, y merece que brindemos por.... Acercáos.

—Señor Cura: no nos atrevemos á beber en presencia de usted, dijo uno de ellos: esas cosas las hacemos por necesidad, por costumbre, pero entre nosotros, y no en presencia de un hombre tan venerable.

—Vaya, hijos míos:.... acercáos, no tengáis temor. Dios ha criado las cosas para regalo del hombre, y éste lo único que debe hacer, es usar con moderación de ellas. Embriagarse es malo; pero beber un trago en compañía de los amigos.... porque yo soy, no un Cura agrio y regañón, sino vuestro amigo, ¿no es verdad?, procuro vuestra felicidad: planteo fábricas de loza, para que no haya necesidad de que vengan de España; cultivo las moreras y las viñas.... Lo que sucede es que muchas veces no podemos hacer todo lo que queremos: el Gobierno lo

impide y.... pero ¿no bebéis? Afuera miedo y vergüenza, os repito, que soy vuestro amigo.

El Cura repartió los vasos de licor, y los serenos los tomaron casi llorando.

—No es malo este vino, continuó el Cura, colocando con cierta indiferencia el vaso sobre la mesa; pero si se nos dejara, podríamos hacerlo con nuestras uvas en Dolores mucho mejor que en Málaga y en Jerez, pero ya lo he dicho; el Gobierno español ha prohibido el que aquí se fabrique vino por no perjudicar á España, como si los que viven en América no fueran sino unos perros. ¿Qué dicen ustedes de esto?

—Que es muy mal hecho, señor Cura, y que debíamos pedir el que se permitiera á los dueños de viñas en Dolores (*)....

—Será en vano, no harán caso: lo que es necesario es pedirlo, pero por la fuerza. Justamente he llamado á ustedes para eso. Esta noche es menester pronunciarse por la libertad.

Al escuchar esta palabra, dicha con energía y decisión, retrocedieron espantados los serenos.

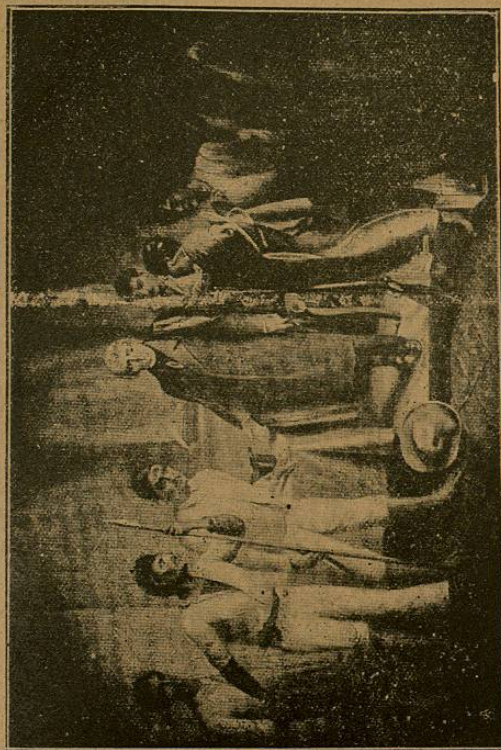
—¿Os asustáis?, dijo el Cura, encarándose resueltamente con ellos.

—No es eso, señor Cura, respondió uno, sino que el tomar las armas contra nuestro Rey y nuestro Gobierno, es cosa que jamás nos resolveremos á ejecutar. Ordénenos usted que nos echemos del balcón abajo, y lo haremos al instante, porque queremos á usted mucho; pero hacer armas contra nuestro Gobierno.... nunca.

—Compadre, interrumpió otro, es menester no poner obstáculo á lo que quiere el señor Cura. Cuando él nos dice una cosa, es señal de que nos conviene.

—Usted hará lo que quiera, compadre; pero yo le digo á usted que los pelos del

(*) El señor Lic. Don Carlos María Bustamante, en su Cuadro Histórico, asienta que la prohibición de fabricar vino de uva en México, influyó mucho en la sublevación de que se va hablando. De palabra me ha repetido esto mismo hace algunos días.



Hidalgo y los serenos de Dolores,
la madrugada del 16 de Septiembre de 1810.

cuerpo se me erizan sólo de pensarlo. Me voy: con permiso de su merced, señor Cura, con estos otros cuatro muchachos que son mis amigos, y no quiero que den una pesadumbre á su familia.

El interlocutor tomó su sombrero y otros cuatro lo imitaron.

—¡Miserable canalla!, exclamó el Cura, colérico. Cuando vuestro anciano Cura está pronto á derramar su sangre en defensa de vuestra libertad y de vuestra religión, lo abandonáis y tenéis miedo como si fuérais unos niños. Id, esclavos, no os necesito. Que el Gobierno os venda como bestias; que os quite vuestra religión; que os trate como si no fuérais hijos de Dios y criaturas inteligentes; que usurpe eternamente un suelo que os pertenece todo, todo, nada importa; al fin tengo el placer de que pocos días me quedarán de vida, porque al fin debo ser fusilado: la orden para prenderme está dada, aquí la tenéis sobre la mesa.

Los serenos, que veneraban al Cura como á un Dios, que lo querían como á un padre, por las frecuentes obras de caridad y por la dulzura con que trataba á los pobres, quedaron aterrizados con sus formidables palabras, y exclamaron:

—Perdonadnos, señor Cura: haced lo que gustéis, y os seguiremos, aunque sea al suplicio.

—Entráis en razón, hijos míos: se quiere que no tengáis ya esa religión santa: se os oprime, se os trata mal, y todo esto exige remedio. Estáis en poder de los egipcios, y es menester libraros de la cautividad. Acordáos de mis sermones y no seáis desconfiados como los israelitas.

Los circunstantes oían con marcada compunción las palabras del eclesiástico; éste continuó:

—Perdonadme, hijos míos, si he podido exaltarme; pero el hombre débil, no es dueño de sus acciones.

—¡Señor Cura!

—Nada de violencia: el que no quiera tomar parte que se retire á su casa, en la inteligencia que no por eso me incomodaré. ¿Quién de vosotros quiere retirarse?

—Ninguno: respondieron á una voz.

—Gracias, hijos míos.

El Cura llenó los vasos de vino.

—Brindo porque el aislado grito de libertad, que va á resonar en Dolores, tenga eco del uno al otro extremo de México, y porque los mexicanos no dejen la espada hasta haber conseguido su libertad.

Los circunstantes bebieron.

—Bien, muchachos, muy bien: mañana á estas horas habremos hecho mucho. El señor Capitán Allende tiene á su disposición el Regimiento de dragones de la Reina, y contamos también con el de Celaya. Ahora es menester mucha actividad.

El Cura comenzó á distribuir dinero entre los serenos, y continuó:

—Dos de ustedes á la torre á repicar las campanas: dos á buscar cohetes: otros dos á los alrededores á convocar gente en mi nombre: y cuatro á las calles á gritar.

—¡Viva el señor Cura Hidalgo!, exclamaron todos.

—No, tened.

El Cura formó una banderola con un pañuelo, y pegó en el centro de él una estampa de la Virgen de Guadalupe. Gritad: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la libertad, y mueran los gachupines!

Los serenos, gozosos, como si se hubieran sacado la lotería, salieron de la casa del Cura, gritando:—¡Viva la libertad!

A poco, multitud de cohetes tronaban: las campanas y esquilas se escuchaban; y las gentes y muchachos que por curiosidad salían á las puertas y ventanas de las casas se reunían al grupo y gritaban maquinalmente:—¡Viva la libertad! ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!

Diez minutos después, un inmenso gentío con hachones, cañaverales, y banderolas formadas con pañitos, discurría y ondeaba como una gran serpiente de fuego, por todas las calles de Dolores.

El Cura condujo á la ventana al Capitán Allende, y señalándole á la multitud, frenética, que se desgañitaba, le dijo:

—La chispa está arrojada; el combustible es mucho, y el incendio no se apagará fácilmente.

El reloj dió doce campanadas.

Cuando se supo en México la noticia del grito de Dolores, el inmenso edificio del Gobierno, construido con la calma de trescientos años y consolidado con añejas preocupaciones, tembló hasta sus cimientos.

Así comenzó la libertad de México. Si no hubiera historia de ella escrita, y testigos presenciales, se creería que era una fábula ó cuento, inventado para entretener á los niños.

V.

Dice Víctor Hugo: "El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolución." Nada hay más cierto que esto, y justamente aconteció en la época de que hablamos. Si el Gobierno español, menos suspicaz, más inteligente, por decirlo así, en su dominación, hubiera concedido ciertas franquicias á los criollos, hubiera otorgado al pueblo ciertos derechos y prerrogativas, tal vez hoy seríamos como la Isla de Cuba, una Colonia de España; pero tenía dos medios para conservar su poder: la superstición y el terror. La superstición se combatió con la misma superstición; y el terror se dominó con la perspectiva del libertinaje. Así, rotas estas dos terribles barreras casi con los mismos elementos que se habían construido, el pueblo, como un torbellino, como un huracán, como una columna de fuego, se desbandó asolando y sembrando la muerte y el espanto por donde quiera que asentaba sus formidables huellas.

Pero en todos estos grandes sucesos, así como en los más pequeños accidentes de la naturaleza, es menester reconocer patente y visible la mano de Dios.

Los sucesos bíblicos se repiten diariamente, sin que lo notemos. El pobre pastor David hirió la frente de Goliath: el Párroco de Dolores también dió un golpe mortal á un gigante de mil ojos, de mil bocas, de mil brazos.

Cuando se nos viene á la memoria que

allá en los remotos tiempos, cuando las tierras de México eran vírgenes, cuando moraban en la soledad de las selvas unas tribus de indígenas dóciles y humildes, se les arrancó con el hierro y con el acero sus costumbres y su naciente civilización, se les incendiaron sus poblaciones, se les violó á sus mujeres, se degolló á sus hijos, y se les condenó, en fin, á huir á las montañas y á las selvas, y á vivir errantes como las fieras, y luego se contemplan con filosofía las escenas de los primeros tiempos de la libertad, proclamada por un Párroco, obscuro y desvalido, y sin más elementos que la práctica de sus virtudes, es menester creer y confesar que hombres semejantes obran impulsados por una fuerza omnipotente y sobrenatural, y son instrumentos ciegos de un poder superior, que nunca deja en la tierra sin un premio las virtudes, y sin un terrible castigo los crímenes.

Hidalgo (*) era en la época de la revolución de Dolores, un hombre de una edad en que la experiencia y los desengaños apagan las ilusiones, y extinguen completamente el entusiasmo: sin embargo, cuando menos se esperaba, el anciano recobra todo el vigor de un joven, sacude la constante monotonía de su estudianta vida, descorre el velo que lo había tenido obscuro é ignorado por los pueblos de la Tierra-dentro, y aparece de improviso radiante como un sol, derribando preocupaciones, salvando atrevidamente obstáculos, proclamando principios que fueron condenados como heregías, luchando con las costumbres, con el carácter del pueblo, naturalmente pacífico y hasta indolente. ¡Prodigioso y sublime incendio, á cuya luz se vieron caer, rodar, huir, desaparecer por fin las preocupaciones arraigadas por centenares de años!

La acción de Hidalgo en un país donde

(*) Cuando se leen las obras del Dr. Mora, y se palpa el desprecio é injusticia con que juzga á Hidalgo, no puede menos de lamentarse el que un singular y claro talento como el de Mora se haya expresado así.

hubiera estado en uso la libertad civil y religiosa habría sido grande; pero comparada con el tiempo en que vivía, no sólo es grande, sino magnífica, sublime, digna de que resucitara Tácito para inmortalizarla debidamente.

Tiempo es ya de cortar esta digresión y de dar cuenta de los sucesos que tuvieron lugar el día que siguió al 16 de Septiembre de 1810.

VI

Hallábase reunido ya Abasolo á los señores Allende é Hidalgo, y en breve confianza se decidieron á ponerse en marcha para San Miguel el Grande, dando antes providencias para asegurar las personas y bienes de algunos españoles residentes en Dolores.

Cuando salió el improvisado ejército independiente, ya contaba con cerca de dos mil hombres, compuesto de los jornaleros de las haciendas, los artesanos y campesinos, armados unos con azadones, otros con puñales, otros con palos y lanzas.

Antes que el Gobierno pudiera tomar providencia alguna, la nube descargó en San Miguel. Allí se incorporó á los insurgentes el Regimiento de dragones de la Reina, y parte de los de Celaya y Guanajuato, y multitud de gente de todas clases, que guiada por el instinto, quería participar de las glorias y del botín.

El 18 continuó su marcha el ejército para Celaya.

Luego que en esa ciudad se confirmaron las noticias, que desde por la mañana habían corrido, todo fué confusión y desorden. Los españoles cerraron las puertas de sus tiendas, aglomerando detrás de ellas fardos y sacos: las familias se salían de sus casas, y corrían las calles procurando abrigarse en paraje seguro; carretas cargadas de muebles, cargadores con costales de dinero y fardos, y gentes cadavéricas atravesaban de unas calles á otras, sin saber verdaderamente á lo que iban ni lo que hacían. Entretanto, algunos trailes del Car-

men, montados á caballo (*), con espuelas, sables y pistolas, y un Crucifijo en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:

—Hijos míos, los herejes vienen á Celaya: levantáos en nombre de Dios y marchad á confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía á reunirse con los independientes, ó aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se divisó una inmensa polvareda en el camino. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró á la ciudad, y con las sombras de la noche se aumentó el terror y la consternación de las familias.

El Prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dió asilo á multitud de familias, y la noche fué llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entró Hidalgo en Celaya, y el 28 de Septiembre, es decir, doce días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres.

MANUEL PAYNO.

(*) Dr. Don José María Luis Mora, en la obra titulada: "México y sus revoluciones."



GRANADITAS.

I.

Una de las jornadas más deliciosas que pueden hacerse en diligencia por el interior de la República, es la de Querétaro á Guanajuato; entiéndase esto en la buena estación del año, pues cuando las aguas están muy avanzadas, las vertientes de toda la serranía inundan lo que propiamente merece el nombre de bajío, y las cuarenta y dos leguas que hay de camino forman materialmente una sucesión de lagunas y de atolladeros donde es molestísimo y aun á veces imposible caminar.

Pero no quiero conducir á mis lectores por enmedio de los tristes nubarrones y de las recias tormentas que se forman en las crestas elevadas de los Andes mexicanos en los meses de Junio á Septiembre, sino, por el contrario, en esos días diáfanos y puros del mes de Abril, en que la naturaleza rejuvenecida, galana y bellísima, parece una égloga de Virgilio, un canto de amor de Lamartine.

Entonces al entrar á Querétaro se percibe la ciudad meciéndose materialmente entre las copas de los árboles, y al salir se divisa como una canasta de flores, resplandeciendo las veletas de las torres y las cúpulas de los cimborrios, con esa luz dorada, viva y transparente del cielo de México.

El camino á poca distancia de Querétaro